

DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS ENTRE LOS SISTEMAS TOTALITARIOS:

FASCISMO NAZISMO Y COMUNISMO

Para empezar este trabajo quiero hacer algunos apuntes acerca de lo que varios autores llaman "El nuevo Estado", muchos de cuyos rasgos y principios son comunes a estos sistemas. Como veremos en el curso de esta monografía el fascismo, el nazismo y el comunismo pretenden crear o mejor tener una religión propia, nacional, haciendo a veces del sistema una mística o considerándolo como la religión misma cual acontece al comunismo, que rechaza toda religión. También con miras a tener larga existencia han tomado la enseñanza en todas sus etapas, prohibiendo la enseñanza privada, con el fin de vincular sus principios a la juventud, consolidando así sus posiciones.

El nuevo estado surgió en los tres países por impotencia del régimen precedente en Italia y Alemania y en Rusia por reacción al zarismo, que también había decaído por su propia corrupción y abandono del pueblo.

El poder político en Italia, Alemania y Rusia pertenece exclusivamente al partido que lo ha conquistado, al partido que detente la doctrina. El jefe de ese partido se convierte en el jefe del Estado, en el dictador. Luego se constituye una aristocracia exclusivamen-

te política, que es celosamente controlada y cuya composición se ve sujeta a continuas depuraciones.

La Dirección política del Estado es substraída al parlamento y a la masa de electores, para ser confiada por entero a un partido y a su jefe. Pero no es solamente la dirección, sino también la seguridad del Estado. Para ello el partido se provee de una milicia que hace las veces de ejército interior. El Estado se vuelve así militar a la vez que político y social.

El nuevo Estado es rigurosamente centralizador, no admite ni la autonomía regional o local, ni los derechos de las minorías; excepto en Rusia, que les concede alguna libertad. Suprime la elección, reemplazándola por la designación, por la selección según el doble principio de autoridad y responsabilidad. Suprime la democracia política; monopoliza la enseñanza, porque no está dispuesto a tolerar que otro se encargue de la educación nacional y política de la juventud, ya que depende y habrá de depender de la opinión pública.

Acapara la educación porque es preciso que la nación llegue a la unidad de espíritu; es preciso que las generaciones nuevas estén tan íntimamente impregnadas de dicho espíritu, que no puedan concebir otra forma de régimen.

Es preciso además que el régimen se introduzca en las costumbres, asunto de vida o muerte puesto que el Estado moderno descansa sobre la opinión, es de rigor que no haya más que una sola opinión.

El nuevo Estado difiere del liberal y democrático, su predecesor, en el hecho de que no es ya laico. No abriga, pues, respecto de la religión, de las confesiones, la indiferencia democrática. No se desinteresa tampoco ni de las creencias ni de las iglesias. Pero si el nuevo Estado es religioso, no queremos decir con ello que sea católico ni siquiera cristiano. Entendemos simplemente que no considera ya la religión como un elemento extraño a la constitución del Estado. Ha vuelto por el contrario, a adoptar el concepto del antiguo régimen, según el cual el Estado debe tener una religión. Ahora bien, esa religión es tal vez una religión propia. El nuevo Estado se basa sobre una mística, cuyo culto impone a la juventud, a sus adeptos. Puede ocurrir que el Estado se proclame católico en nombre de la tradición nacional, como en Italia. Alemania se declara protestante, desde el momento en que el Tercer Reich es totalitario, desde el momento en que su idea central tiende a convertirse en una mística, en una religión, puesto que ellos dicen que a un Es-

tado alemán debe corresponder una religión alemana; con tal fin quiere retornar al culto de Wotan, a la religión germánica. El resultado de este movimiento es un neopaganismo basado en el culto de la raza y de la sangre, que retorna a los mitos nórdicos para hacer de ellos un símbolo del heroísmo alemán y de las fuerzas naturales. Es de anotar que cuando una religión se identifica con una nación, con una forma de civilización o de cultura, cae infaliblemente en la materia; se naturaliza, se pierde, al diversificarse al infinito según la lengua, las razas, los pueblos y los grupos sociales. En lugar de ser el instrumento de la paz y del orden, se vuelve un agente de confusión y guerra. La noción de Dios se corrompe; los gusanos de ese cadáver son los dioses de la Ciudad, de la nación que por lo mismo vienen a ser enemigos de las demás ciudades y naciones. En consecuencia con su teoría, en Alemania la iglesia no tiene derechos propios, su derecho es el del Estado. Es el Estado quien da a las iglesias su personería jurídica, su estatuto.

En cuanto al marxismo sabido es que pretende ser una concepción universal, integral que responde a todas las cuestiones primordiales y da un sentido de la vida. Es a la vez una política, una ciencia y una filosofía. Es una nueva religión que pretende reemplazar al cristianismo. Tiene el más terrible dogmatismo que niega la libertad del espíritu; el marxismo cree que el orden social perfecto, puede obtenerse no sólo sin Dios, pero aún más, sin la libertad humana.

Con esto nos proponemos señalar una evolución que, al oponer el nuevo Estado al laicismo, vuelve muy difíciles sus relaciones con la Iglesia. La necesidad de dar una religión al Estado, se convierte en la religión del Estado, desde el momento en que se separa a éste del cristianismo y se lo coloca en oposición frente a la iglesia.

Todas las místicas, la de la humanidad tanto como la de la nación, la de la raza como la de la clase, se concretan, en un momento dado, bajo formas religiosas; dicho momento es aquél en que el grupo, el partido, los adeptos, logran apoderarse del gobierno.

Dicho nuevo Estado, dicho nuevo régimen, es el extremo peligroso para la religión, para la persona humana, para las naciones, para Europa y para la paz.

Conceptos en que coinciden los tres Estados a que hacemos referencia; son los siguientes:

El Estado es la expresión de la nación. El Estado es soberano y no puede quedar mediatizado por la Iglesia. Veamos los fun-

damentos que ellos aducen: El Estado es para el fascismo la única exteriorización del contenido entero de la nación. Proscribe el fascismo toda forma de vida social o colectiva ajena al Estado, partiendo del principio de rechazar la posibilidad que contraponga al Estado y al individuo como entidades susceptibles de existencia independiente. Este dualismo de la concepción política usual, queda reemplazado por un monismo absoluto: "Todo en el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado" (Mussolini).

Según Arnaldo Mussolini, es absurdo tratar siquiera de discutir los límites del poder del Estado. El individuo es un átomo al que la nación infunde su propia inmortalidad, o según Rocco: "El individuo es tan sólo un elemento transitorio e infinitamente pequeño dentro de un todo orgánico".

La concepción fascista puede ser considerada como un sistema de sumisión a la colectividad, en el que cada individuo tiene supeditado su derecho a la voluntad colectiva, o en términos matemáticos, en función de la colectividad

El individuo no representa un fin en sí mismo, siendo sólo un elemento parcial y un instrumento de eficacia de la nación encarnada en el Estado. Toda actividad social debe orientarse, no en consideración al individuo, sino a la nación y al Estado.

El individuo sólo posee derechos y sólo son legítimas sus aspiraciones en cuanto su reconocimiento interese a la nación, que lo necesita como instrumento. La subordinación de los intereses personales, y en caso necesario el sacrificio de los mismos ante la colectividad, constituye en efecto un principio de política práctica en todos los estados, pero así como la generalidad de ellos limitan en los casos precisos, derechos privados cuya preexistencia reconocen, el fascismo por el contrario, sólo empieza a admitir la existencia de derechos individuales cuando el interés del Estado deja margen para su surgimiento. Además por su carácter religioso y hegemónico atribuido al Estado, falta en absoluto dentro de éste toda garantía que pueda preservar los derechos individuales o cualesquiera otros intereses económicos particulares, contra la influencia del Estado.

El absoluto predominio atribuido a la idea de la nación y a su expresión jurídica, el Estado, alcanza por igual a los ámbitos territorial y personal. El poder del Estado afecta a todos los italianos, aun cuando no residan en el territorio nacional, y no reconoce ninguna limitación ideal en el poder de los demás estados.

Complemento de la fórmula que hace al Estado expresión jurídica de la nación, es la idea de ser la soberanía un atributo del Estado, y no del pueblo. Este y aquél no son una misma cosa en la idea fascista: la soberanía de un estado es completamente independiente de los derechos del pueblo. El fascismo al reemplazar la soberanía del pueblo por la soberanía del Estado, no puede prescindir, como ninguna de las teorías del Estado, que presumiendo ir más allá de la rigurosa democracia pretenden, en principio, justificarse con los principios de ésta, aunque en realidad los supriman o los dejen reducidos a una sombra impalpable —de hacer derivar esta soberanía de la voluntad general, si bien establece como forma de manifestación de esta voluntad general no un procedimiento electoral cualquiera que dé lugar al surgimiento de una mayoría, sino la proclamación de una minoría selecta, una “élite” de capacidad directiva, elevada al poder mediante un plebiscito tácito, lo que contribuye al deseo de mantenerse en el poder, ocurra lo que ocurra. Dos son las razones fundamentales aducidas en pro de esta transferencia de la soberanía a favor de una minoría, a la que se le atribuye la encarnación de la voluntad general. En primer lugar, supuesto que las necesarias desigualdades económicas entre los individuos hacen ficticia la igualdad política, se invoca la necesidad de subsanar las consecuencias nocivas de esta igualdad, estableciendo un nuevo sistema de desigualdad política, que permita a una minoría selecta la administración responsable de la colectividad, que haga responsable al grupo directivo ante la colectividad. En segundo lugar, la idea fascista parte del hecho de que sólo una parte del pueblo participa efectivamente de la vida política de cada nación, motivando el llamado “problema del abstencionismo”.

Mientras en un principio la “élite” directiva del fascismo había derivar sus poderes de la revolución que la había elevado al poder, justificó más adelante su existencia atribuyéndose el desempeño de una función del Estado, o sea, constituyéndose en órgano de éste y no al contrario.

Mediante la articulación del partido con un sistema de sindicatos de carácter público, logra la “élite” servir de nexo entre el Estado y el pueblo

Todos los órganos sociales deben hallarse ligados al Estado por mil distintos hilos debiendo ser aquéllos considerados no como objetos de la legislación de éste, sino como elementos sucesiva-

mente integrantes del mismo, y correspondiendo al partido fascista, como órgano del Estado, encargado especialmente de ello, la centralización de aquellos hilos. Según la idea fascista, no es admisible, ni en teoría, ninguna restricción del derecho del Estado frente al individuo; mas ello no obstante, se ha esforzado también el fascismo en aportar soluciones propias al problema de la justificación del Estado. Se justifica el Estado por una génesis racional, iniciada en la consideración del individuo sobre la insuficiencia de sus medios respecto de sus fines, que obligale a incorporarse a una institución supra-individual. La explicación del Estado se coloca metafísicamente en una tendencia innata del hombre hacia la vida colectiva, o por la idea suprasensible del Estado que pugna por aparecer a la realidad. Descubrimos aquí el concepto aristocrático, en el sentido etimológico y más amplio del término, concepto emplazado en el centro de la idea fascista. Un jefe, una minoría selecta, un pueblo: he aquí la jerarquía nacional.

Así pues, la responsabilidad no es compartida, ni dividida la unidad del poder. El estado fascista está construido en pirámide. Todas las líneas convergen en el vértice; pero es precisamente desde el vértice, de donde el influjo se transmite por todo el edificio, hasta la base. Otro punto débil del fascismo lo constituye su estatismo. La inexorable fórmula "Todo por el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.", es de una singular naturaleza, explosiva, al igual de todas las fórmulas del género. El fascismo puede llegar a perecer, víctima de la exageración de tal principio; y la exageración consistiría en negar de manera absoluta la existencia de valores anteriores al Estado, como la familia y las libertades personales, así como los valores superiores al mismo, como toda vida del espíritu, como la moral y la religión. El estatismo alemán es todavía más riguroso, aunque algunos autores creen que lo supera el ruso. Pero según las ideas nazis, no sería más que la primera etapa a franquear para llegar al fin: la comunidad nacional. El Estado es el crisol en el cual deben fundirse todos los elementos de la nación en el bloque homogéneo de la comunidad. Hitler mismo lo afirma con fuerza: "el Estado, no es un fin en sí, sino un medio. Es la condición preliminar para la formación de una cultura superior, pero no la causa ni la fuente de dicha cultura, la causa y la fuente están en la raza; el desarrollo se producirá en la nación pura y absolutamente alemana aun desde el punto de vista fisiológico y biológico, esa nación que el Estado tiene por misión

preparar, construir y mantener." El Estado, según Hitler, trabaja mucho más para el futuro que para el presente.

El Estado es la forma organizada de la vida alemana según la idea nazi.—Dicha forma debe tener, a su vez, una representación material, física, viviente, humana: la persona del Führer, en quien se encarna el genio de la nación, de la raza, el verbo nacional-socialista. Nos hallamos, pues, en pleno hegelianismo, puesto que para Hegel, el poder no puede ser dividido; toda división del poder significa una discusión, un conflicto en la idea, un atentado a su integridad—trascendente y absoluta. El Führer es, bajo todo punto de vista, el Emperador modernizado, elegido por la nación germánica, pero designado por la misión misma que el genio germánico le ha impuesto, haciéndose carne en él. Encontramos que el poder en Alemania está constituido en idéntica forma que en Italia, esto es, representado por una pirámide en la cual todas las líneas convergen en la cúspide. Allí se reúne en una unidad absoluta, y reino y gobierno se confunden.

El Führer no es responsable más que ante la nación. Pero todos los demás, a lo largo de la escala jerárquica son responsables, directa o indirectamente ante él. Autoridad en los superiores, responsabilidad en los inferiores: he aquí el principio. Esta organización rígida abarca toda la vida alemana, imponiéndole una armadura de hierro. Toda libertad, hasta el estatuto personal, no existe más que a voluntad y su margen es cada vez más reducido. Es la organización en todo su rigor a la vez administrativa y militar. Es la idea mística creando el esquema.

Es la vida que tiene su desenlace en la fuerza. Es la dura lógica de lo irracional cuando lo irracional cae sobre las realidades como un águila sobre su presa. Respecto a garantías individuales conviene citar el siguiente párrafo:

El nazismo en la vida nacional desconoce los derechos fundamentales que el hombre tiene en cuanto persona, los que deben ser tutelados contra todo atentado por parte de la comunidad de negarlos, abolirlos o impedir su ejercicio. Olvida el proceso de la humanidad que ha sido posible mediante la armonía entre individuo y sociedad; allí solamente cuenta la comunidad aplastante; únicamente ésta tiene derechos. El régimen soviético es bastante diferente de los anteriores y se asemeja a una cabeza con dos caras: el Estado y el partido.

El Estado es de estructura muy complicada. Se asemeja a una

turbina de múltiples e intrincados engranajes. El Estado soviético es interesante por dos aspectos: la apariencia democrática y la apariencia federalista.

El ideal del marxismo es alcanzar el comunismo puro, bajo el cual toda organización política desaparece, no hay necesidad de constitución ni de gobierno.

“El Estado, dice Lenin, es el producto y la manifestación del carácter inconciliable de los antagonismos de clase”.

Para los comunistas el Estado surge como instrumento de opresión de clases. “Cuando las clases desaparezcan, el Estado desaparecerá también, puesto que su razón de ser habrá cesado. El Estado no desaparecerá tampoco de un soplo; irá marchitándose poco a poco. Pero el proceso es largo y nadie puede señalar los límites de su duración”. (Engels). Encontramos aquí una marcada diferencia con las concepciones fascista y nazista que tienden a darle al Estado una preponderancia ilimitada, mientras que los comunistas se proponen como fin abolir el Estado, aunque en la actualidad le dan importancia capital, para preparar al proletariado a ejercer por sí mismo el poder político. Según el texto constitucional del 10 de julio de 1918, revisado el 11 de marzo de 1925, y el 7 de julio de 1937, constatamos que la forma del Estado soviético es la de una pirámide, pero no como la fascista y nazista, sino al contrario, con una profunda base, popular. El poder supremo tiene sus fuentes en la base del edificio, es decir, en los órganos primarios de los trabajadores. Según el artículo 10 de la ley fundamental”, el poder total dentro de los límites de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia, pertenece a la población obrera del país unido en los soviets rurales y municipales”. Así pues, los trabajadores de una aldea o de una ciudad, designan un soviet formado por sus delegados, elegidos directamente con mandato imperativo. Cada soviet primario posee, en teoría, un poder absoluto en el círculo restringido sometido a su jurisdicción; un poder absoluto que no es tan sólo de orden administrativo y político sino también de orden judicial ya que la separación de poderes no existe en la Rusia bolchevista. Esta parecería definirse, de primera intención, como una democracia descentralizada al máximo grado. Pero esta fragmentación en miles de pequeñas repúblicas, exige poderes superiores, órganos superiores.— Había Soviets de cantón, de distrito, de gobierno, de región luego, congresos para cada república federada; por fin, por sobre todos los demás, el con-

greso panunionista. Ninguno de dichos órganos es un parlamento. Todos no hacen más que reflejar y coordinar la voluntad emanada desde abajo. Los Soviets de distrito están constituidos por delegados de los soviets primarios, y así sucesivamente, hasta la cima donde el congreso de los Soviets de la Unión, está formado por los representantes de los soviets urbanos, o de aglomeraciones de tipo urbano y por los representantes de los Soviets de las repúblicas federales. Y cada delegado de cada grado, recibe un mandato imperativo de sus electores.

El Soviet local zanja soberanamente toda cuestión de interés local. Si la cuestión es de interés de distrito, de gobierno de región o de república, es resuelta de igual manera por el Soviet correspondiente. Por fin, si es de interés general, es tratada por el congreso panunionista. Pero según el caso, puede ser reexpedida de piso en piso, hasta la planta baja. En teoría, siempre el régimen de los Soviets es una consulta popular que no se interrumpe nunca; una apariencia democrática más. Esto es completamente diferente de los sistemas fascista y nazista, en que toda decisión y todo cuerpo colegiado se toma y se forma por orden de una sola cabeza; el dictador, es decir, allí todo viene de arriba, consecuentes con la jerarquía que han establecido. La Constitución Soviética, de acuerdo con el espíritu de su texto, lleva al extremo la soberanía personal del individuo y la autonomía política de los grupos, o sea la democracia política y el federalismo; conserva pues, analogías con los Estados Unidos y Suiza. Al hacerlo, obedece a los principios del marxismo, que se propone la liberación del individuo como parte de la clase y de los pueblos; para ello tiende a demoler todas las superestructuras, a fin de desembarazar de ellas al individuo y al grupo natural, primario de que forma parte aquél.

La constitución soviética no garantiza los derechos individuales, al contrario da al poder facultad de privar de ellos a grupos enteros de la sociedad. En lugar de la soberanía del pueblo proclama la soberanía de la clase proletaria. En la dictadura actual de los soviets todos los aspectos de la vida están reglamentados y la acción del Estado se lleva hasta los extremos. El obrero no puede elegir lo que quiera hacer; debe trabajar como el Estado decida. El individuo está sujeto a la situación técnica.

Una de las características en que coinciden los tres sistemas es el partido, que tiene el poder de dirigirlo todo, puesto que lo identifican con el Estado. Así mismo puede decirse que con sus

partidos forman un imperialismo, porque desean hacerlos internacionales.

Encontramos en los tres, otra semejanza: están constituídos por una minoría selecta, los iniciados, los convencidos, los puros, estos es, forman una "élite", que dirige el dictador, llámese Mussolini, Hitler, o Stalin.

La fuerza y el poder son los mayores incentivos para ellos, son imperialistas. Los tres tienen una mística: los fascistas la restauración del antiguo imperio romano; los nazistas la glorificación de la raza aria pura, aunque sea una mezcla, y la adoración de los héroes; los comunistas quieren la adoración y la divinización del proletariado fuerte, rico, dominador del mundo.

FUNDAMENTOS FILOSOFICOS

El fascismo procede de Georges Sorel, quien criticó despiadadamente al marxismo, y opuso a la lucha de clases, la organización sindical; devolvió a la ideología socialista, el contacto con la realidad social, la realidad obrera. Veamos cómo expone Mussolini la doctrina: El fascismo en cuanto concierne al porvenir y desarrollo de la humanidad, no cree en la posibilidad de la paz. Dice que sólo la guerra eleva a la máxima tensión las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que la afrontan. El fascista ama a su prójimo, pero no impide las diferencias y las distancias; de manera que el fascismo es la negación del socialismo llamado científico o marxista, según el cual la historia de la civilización humana sólo se explica por la lucha de intereses entre los diversos grupos sociales y por el cambio de medios e instrumentos de producción. El fascismo combate las ideologías democráticas y las rechaza; niega que el número pueda dirigir la sociedad humana; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres que no pueden nivelarse según un hecho mecánico y extrínseco cual es el sufragio universal

El fascismo en una palabra, odia la democracia. El fascismo es una voluntad de poder y de imperio. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. El Imperio no es sólo una expresión territorial, o militar o mercantil sino espiritual y moral. Pero el imperio requiere disciplina, coordinación de esfuerzos, deber y sacrificio; esto explica muchos aspectos de la acción práctica del régimen, la

directriz de muchas fuerzas del Estado y la severidad contra quienes quisieran oponerse a este movimiento fatal de la Italia del siglo XX".

El nazismo ha desarrollado la filosofía de Hegel y Nietzsche. El culto del héroe es una consecuencia de la doctrina hegeliana. Es en primer lugar en los héroes, en los genios, donde se encarna la idea. Pero el nazismo no es solamente hegeliano, sino también nietzscheano; el nazismo quiere llegar al superhombre, con su amoralismo. Es, también Wagneriano, pues se sabe que Wagner oponía el heroísmo al cristianismo. Más que Hegel y Nietzsche, Wagner es el grande hombre, el genio inspirador del régimen.

Lo real alemán es, en primer término el héroe alemán. En definitiva, el héroe es, para el nazismo el único dios que es preciso adorar. Pero el héroe debe poseer el culto de su nación, de su raza, de su honor. Debe estar animado de un noble orgullo, debe ser implacable. Nada de humildad ni de aceptación. El héroe es la encarnación de la fuerza germánica. Debe realizar el Estado germano de los Germanos, lo cual es mucho más en espacio y profundidad, que la propia Alemania. Para ello se trata de volver a los valores esencialmente alemanes y germánicos. Hay tres: la tierra, la historia y la raza.

En cuanto a la historia, la repudian, porque suprime diez siglos de historia nacional. Creen los nazistas que el antiguo germano está arraigado en la raza, en el suelo. El retorno a la tierra es, el retorno a una gran tradición germánica y un principio para el nazismo.

El tercer y supremo valor alemán es la raza, idea central del nazismo. Lo malo es que éstos han hecho de la raza un mito. El mito del ario, del bello dolicocefalo rubio, antepasado directo del germano. Dicha raza es, para ellos, la más pura de todas y superior a todas. Tiene pues, derecho a la supremacía, derecho al gobierno del mundo. En efecto, dicen: todo lo que la humanidad ha producido de noble y de bueno en todos los planos, proviene de esa raza. Si los griegos, los romanos, los anglosajones, los franceses mismos, han visto nacer entre sí grandes hombres y grandes obras, ello se debe a que tienen un origen ario, o por lo menos, sangre aria en las venas. Un ario: Dante. Otro ario: Homero. Arios también los reyes de Francia. Y el propio Jesucristo debe ser ario, porque de lo contrario no puede ser Dios.

En "Mein Kampf" puede leerse una larga evocación del ario, poseedor de todas las virtudes esenciales y primer hombre que con-

cibió la nación, en razón de ser el único que cuenta con el sentido de la comunidad, del sacrificio, del deber y del honor todas esas virtudes que van más allá del yo.

Pero el racismo llevado a sus consecuencias extremas, produce un fenómeno análogo al bolchevismo. La Rusia Soviética no es un Estado nacional, sino un Estado proletario, cuya razón de ser y objetivo consisten en la instauración y difusión de la dictadura del proletariado en el mundo entero, imponiendo la doctrina marxista en todos los planos, el de la moral y el de la religión inclusive. La Rusia Soviética es en principio, el punto de partida de un imperio universal. Ahora bien, el Reich es el punto de partida de un imperialismo, no de clase, sino de raza. El Tercer Reich tiene además otro objetivo: asegurar en el mundo entero el predominio de la raza germánica, imponer al mundo entero la doctrina racista, hasta en sus consecuencias morales y religiosas.

Pero la analogía con el soviétismo va más lejos aún. En la Rusia Soviética es ciudadano únicamente el proletario, y privilegiado únicamente el comunista.

Todos los demás no son más que esclavos y ni siquiera tienen derecho a la vida. En el Tercer Reich es ciudadano el alemán de raza pura y privilegiado el nazista. Los demás tienen apenas derecho a la vida hoy; mañana quizá no lo tengan ya. En la práctica existen dos formas de nivelamiento: una se aplica a la idea de clase; la otra a la idea de raza.

El racismo es un Estado dentro del Estado, un Führer que el verdadero Führer corre el riesgo de no poder dominar más, en un momento dado.

El bolchevismo procede, de hecho, de Karl Marx y de sus continuadores esclavos. Sábese que el marxismo es una concepción puramente materialista del hombre, de la sociedad y del universo. Lo explica todo por materia, el pensamiento inclusive. En la naturaleza no hay fines, sino solamente causas: si el hombre se propone fines objetivos, ello se debe al hecho de que está determinado a hacerlo por la naturaleza. Ahora bien, la naturaleza es dinámica, es decir, se halla siempre en movimiento, lo cual produce el progreso, que no es otra cosa que una producción incesantemente acrecentada. El fundamento de la sociedad y su razón de ser, es la producción y los medios de producción.

Ahora bien, puesto que la producción y los medios de producción constituyen la base natural, material, de la sociedad, el Fin

de toda revolución social es el mejoramiento de la producción y de su repartición igualitaria entre los hombres.

La sociedad habrá de establecerse, en consecuencia, a base de relaciones de producción. Sobre ellas se constituyen los pequeños grupos humanos; luego, los más vastos los Estados, y por fin la unidad de la humanidad entera. Descubrimos aquí la concepción marxista del Estado.

Para el marxista, el Estado es a la vez un mal y una necesidad. Un mal y como tal debe ser destruído; una necesidad, y como tal es preciso aceptarla como un medio provisorio de llegar al comunismo integral, a la fraternidad universal.

El Estado es una etapa, un salto por el que hay que pasar, según la propia ley del movimiento que empuja hacia adelante la materia. Representa un momento histórico de inmovilidad aparente y de equilibrio inestable, durante el cual se prepara un nuevo salto, una nueva revolución.

El movimiento del Estado corresponde así al movimiento de la producción. Y el movimiento actual de la producción es el de la gran Industria, de la gran finanza, alimentando la acumulación capitalista y alimentada por ella. El desenvolvimiento de la gran industria, ha producido en la cima de la sociedad el capitalismo; y en su base el proletariado. Ha determinado por consiguiente, una división de la sociedad en dos clases. La razón de ser del Estado proletario instaurado por la revolución, será la destrucción del capitalismo, la supresión de las clases, a fin de poner toda la producción en manos del proletariado, para que éste se halle en condiciones de establecer en el mundo entero el comunismo. Pero esta revolución económica y social no puede llevarse a cabo actualmente, sin una serie de revoluciones políticas, de guerras políticas, que tendrían por objeto el establecimiento de la dictadura del proletariado en cada Estado burgués. El Estado proletario deberá suceder al Estado burgués en cada medio nacional; luego se irá más lejos; superando al Estado y haciéndole, en consecuencia, inútil.

El Estado proletario constituirá un Estado absoluto, a base de la dictadura de un partido: el comunista. El papel del Estado consistirá en aplicar prácticamente dicha doctrina, y para ello habrá de constituir y hacer funcionar las instituciones proletarias necesarias. El partido y el Estado se diferenciarán, en teoría, pero de hecho se hallarán ligados mutuamente con la misma indisolubilidad con que el alma lo está al cuerpo humano.

SINTESIS

El fascismo y el nacional socialismo, así como el régimen soviético, son totalitarios. El primero encarna la unidad absoluta en el Estado; el segundo la unidad absoluta en el pueblo; el tercero, la unidad absoluta en la clase. Tenemos así tres fenómenos muy diferentes en su origen, espíritu y finalidad, tres fenómenos que no es posible reunir bajo una definición o una condenación común. Inútil será insistir en que sus analogías son puramente exteriores; que todos ellos son contemporáneos, pero no parientes. Si acusan pues semejanza, ello es debido tan sólo a que los tres han nacido en el siglo XX y en circunstancias parecidas: circunstancias desesperadas. Una Italia descontenta, decepcionada por los resultados de la guerra, en vísperas, o mejor dicho, en la primera hora ya de la anarquía; una Alemania vencida, arruinada, dividida, herida en su honor; una Rusia arrastrada a su pesar hacia una guerra desastrosa de la cual nunca comprendió nada, reducida a la impotencia, invadida, disminuída, preparada además desde mucho tiempo atrás para la revolución, habituada a la ruptura de las tradiciones y a la violencia: tales son las condiciones de hecho, las circunstancias que explican el fenómeno italiano, el fenómeno alemán y el fenómeno ruso.—Hay que contar además con la tradición absoluta de estos países: recuérdense las tiranías del renacimiento italiano, así como todos los pequeños príncipes alemanes del siglo XVIII, príncipes absolutos que se esforzaban por desempeñar el papel de déspotas ilustrados.

Estas formas totalitarias que dominan en dichos países no son concebibles más que si corresponde a desquites a tomar, a ambiciones encuadradas dentro de aspiraciones universales. Son formas imperialistas, aun en el caso de que no se trate más que de un imperialismo interior.